

de ir a ninguna parte con niños «bien». Y eso, desde luego, influye mucho en estos tiempos. Como en los anteriores influía mucho más.

El compromiso de la libertad

Hace ya una buena mañana que trabajo y voy, buscando el tajo y el atajo, a por un viejo libro que quise antaño. Se trata de Manuel Vázquez Montalbán y su *Educación sentimental*. Y es que Praga (Ocnos) me ha hecho retroceder casi quince años, buscar y rebuscar en la memoria el tiempo, cuando teníamos revistas clandestinas, cuando Florentino Huerga y otros amigos de Barcelona me escribían enviándome publicaciones de París o vayamos a saber, ya que a días el buzón se llenaba del Este y el Oeste.

Y he pensado en una novia que me escribía desde Karlovy Vary hasta el mismo momento en que yo me casaba con otra mujer, y los tanques no eran de cartón piedra y ya nunca volví a saber de Jana Knapová aunque conservo su fotografía. Y he pensado en esos días del «sesenta y ocho», cuando Vázquez Montalbán nos contaba y cantaba con voz de Conchita Piquer que «él llegó en un barco». Y luego, calado y recalado, he dado una vuelta por esta Praga sentimental, creyendo en la libertad como única compañera apetecible desde siempre y para siempre.

Por eso, Manolo, me alegra saber que sigues pensando que «los gitanos perdieron duende», sobre todo porque leo que «Nacer en Praga en 1883 / significaba ser súbdito / del imperio austro-húngaro.» Sobre todo porque «Kafka describió el terror de ser hijo y ciudadano / o acaso padre y estado fueran / —al decir de Benjamín— / las dos arqueologías de su sabiduría: / rumor de cosas verdaderas y locura.»

Agradezco tu Praga, comilón variopinto. Y eso sí: que Mozart siga vivo, ya que seguimos creyendo que «no hay lenguaje sin metáfora / muerte es metáfora de la nada / no es la vida es la rosa / no es la Historia es el tanque / ni siquiera Praga es Praga / ni siquiera / propiamente / una sinfonía que sobraba».

Desde el centro de América

Estamos ante la quinta edición de estos *Sonetos Penitenciales* (Editorial Ahora, San Salvador) de David Escobar Galindo (Santa Ana, El Salvador, 1943) y si el dato en sí resulta significativo para cualquier obra publicada, aquí cobra un cariz especial al tratarse de un libro de versificación regular, de la que huyen casi todos los poetas actuales o, cuando se acercan, dejan a veces grietas por las cuales vemos el forcejeo al que se lleva el verso para ser *metido* en los terribles catorce endecasílabos.

Nos dice el poeta en el prólogo que «Este es un libro obsesivo, visceral y creciente. Se ha ido haciendo al ritmo de una realidad angustiada y llena de reflejos. Entre las bombas nocturnas y el valor diurno de la gente. No sé por qué surgió así, en el molde clásico; aunque quizá porque este molde representa para el autor una forma abrasiva y extraña de irrenunciable libertad y el libro —ya se dijo— es un libro obsesivo. Quedan en él —quedan, si acaso— algunas verdades tumultuosas y hurañas y, sobre todo, mi amor hincado y vivo por la tierra volcánica y florida donde se desarrolla

—con la torpeza ideológica que caracteriza a este siglo repetitivo y emasculado— un drama de época. Y quede también —si acaso— la esperanza después del drama.»

Escobar Galindo —que además de poeta con una obra extensísima es narrador, abogado, director de la Biblioteca Nacional de su país, académico de la Lengua, profesor y creo que todavía olvido algo— nos demuestra su pericia y su buen quehacer, con una vehemencia por donde escapan dosis de un humanismo puro, de toma de conciencia ante unos acontecimientos que nos estremecen. Si hasta Quevedo el soneto vino a ser un refugio amoroso, ya nuestra tradición se nutre de rasgos épicos que están presentes, verso a verso, en estos sesenta y seis sonetos agónicos, en los cuales vemos cómo el poeta no se resigna a la visión angustiosa que le depara su realidad cotidiana.

Tristeza y simbiosis

Tristia, de Alvaro Montero, Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla, ha sido editado por el Ayuntamiento de dicha plaza en colaboración con la Universidad Nacional de Educación a Distancia, en la colección Rusadir.

Pero, ¿quién es Alvaro Montero? Un curioso caso de simbiosis poética, la suma estilística de dos granadinos, Luis García Montero (1958) y Alvaro Salvador (1950) que «descubrieron un hecho insólito: que los poemas del uno se parecían tanto a los del otro (sobre todo en algunos momentos estructurales y temáticos) que no parecían haber sido escritos por ninguno de los dos. Había allí un tercer eco que no sólo unía ambos discursos, sino que, además, inauguraba la producción de una tercera voz que, subterránea pero firmemente, iba desgranando las sílabas de una poesía singular, propia y definida».

Pero esto lo sabemos porque se nos explicita en la contraportada. De otro modo, ¿cómo averiguarlo? El libro posee un entramado tan perfecto, una calidad, en suma, que diríase obra de un único poeta, y no de dos, y ese raro fantasma ectópago que aparece como resultado. Invito a cualquiera a operar al *monstruo* y adivinar el procedimiento que siguen los dos poetas. ¿Escribe cada uno un verso? ¿Un poema? ¿Uno escribe y otro añade y corrige? Sea como sea —no tengo ganas de dar más vueltas a la cabeza—, el resultado poético es válido y hermoso. *Tristia*, la tristeza del desdeñado Ovidio, es elocuente en cuanto al misterioso hecho de la creación poética, sobre todo si tenemos en cuenta sus orígenes, en este caso ese extraño padre de una criatura con ombligo común, unida por el pecho y por el verso.

Donde habitan los cuadros

Dos son los libros que ha publicado Concha Zardoya con el tema de la pintura como eje. Uno, *Retorno a Magerit* (Consejería de Cultura, Comunidad de Madrid), con Goya y las pinturas negras al fondo. El otro, *Poemas a Joan Miró* (Los Libros de Fausto. Anaquel de Poesía, Madrid) con la obra del pintor catalán como soporte total. En los dos queda patente no ya su gran labor poética, tantas veces probada, sino el amor —el conocimiento, por tanto— que esta poetisa, ya octogenaria, tiene por la

pintura. Como nos dice, para ella «Entrar en los museos era fiesta / de los días domingos.»

Si en su «Apología del 27» *Los ríos caudales* nos *dibujó* a dieciséis maestros de ese momento cumbre de nuestra lírica, ahora nos *pinta* auténticos lienzos.

El *Retorno* se abre con los versos de Machado en los que Madrid se convierte en «rompeolas de todas las Españas», así como el de Concha Zardoya «¡Estar en ti, Madrid, como un guijarro!». Y nos sumergimos con ella en «calles que se fueron», estatuas «con quienes tú conversas todavía», hasta llegar a «La Quinta del Sordo» para dialogar con monstruos, duquesas y «manolas»; paseamos poco después con «afiladores, infravidas y fantasmas» para llegar a la «Naturaleza viva». Casi todo el libro, escrito en endecasílabos blancos excepto en los momentos en que aparecen los alejandrinos, mantiene una tensión unitaria. Pero es en esta última parte donde el verso y el verbo, mucho más serenos todavía, hacen que sintamos la mirada tranquila de la poetisa y el deseo ferviente de reposar algún día —así tarde muchos años, aunque únicamente fuese por el egoísmo de seguir contando entre las voces femeninas con una de las más cálidas y altas— en la «Tierra profunda» de Madrid: «Maternal, me has tendido tu mano vieja y tierna, / abrazando mis penas, mi soledad desnuda.»

Veinticinco son los poemas que componen el libro dedicado a Joan Miró, «el más surrealista de todos nosotros», al decir de Breton. Y en todos, asombrada, como de una niña, aparece la mirada atenta y gozosa, recién estrenada, de la poetisa, que va descubriendo significados ocultos entre las pinceladas geniales del pintor catalán. Y el argumento, la declaración de este homenaje, aunque ya lo intuíamos tras la lectura del libro que se reseña anteriormente, nos le entrega con verso diáfano: «Cuando niña pinté y cuando joven... / Cuando era adolescente dibujaba / al carboncillo las estatuas, / maravillas del canon —¡Grecia y Roma!— / las formas renacientes de Florencia. / Mi pan con acuarelas / gané y otros trabajos.»

En resumen, dos libros magistrales de una mujer entrañable, sobre todo por cuanto significa continuar una andadura poética comenzada en 1936, lo que equivale a decir que, en breve, cumplirá sus «bodas de oro» con el verso.

JUAN QUINTANA
Matadero, 4.
MIGUELAÑEZ (*Segovia*)